

Sobre historia de ayer y de hoy...

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 55 – 14 de Octubre de 2015

En este número

1. ¡Qué tropa más canalla!, *Emilio Álvarez Frías*
2. Cataluña en el diván, *Antonio Martínez*
3. ¿Por qué fue mejor que España ganara la Guerra de la Independencia?, *Carlos Rilova Jericó*
4. Angela Merkel, *InfoCatolica*
5. El despropósito se ha cumplido, *José M^a García de Tuñón Aza*
6. El establishment es culpable, *José M^a Álvarez Cuartos*
7. El día del veterano, *Jesús Flores Thies*
8. El político que amaba la poesía, *José Vicente Pascual*
9. Todos estamos invitados

¡Qué tropa más canalla!

Emilio Álvarez Frías

No sé si estoy triste, aburrido por lo que a diario presencio, o amargado por tener que convivir con gente tan despreciable como la que día tras día salen al paso de los acontecimientos. No es agradable tener que acatar los dictados de las pandillas que desde hace poco pululan por las instituciones ni, incluso, presenciar el comportamiento de gente que habría que considerar normal, de la que anda por la calle, y que han adquirido una bajeza increíble en estos tiempos de tantas posibilidades de cultura, de aprendizaje para vivir, de facilidades para alcanzar metas laudables.



Por eso he salido hoy a la calle, a manera de Diógenes, con un botijo de cerámica negra de José Verdú, de Lérida, en busca del hombre. Y ha costado encontrarlo, pues, como dice Bertrand Russell: «Gran parte de las dificultades por las que atraviesa el mundo se deben a que los ignorantes están completamente seguros y los inteligentes llenos de dudas». Y hoy son los ignorantes, por lo general, los que toman las decisiones.

Como ejemplo de estos días está la decisión unilateral de los plumillas municipales que han tomado la decisión, en diferentes puntos de España, de eliminar toda celebración a la Virgen del Pilar, suprimiéndola de los actos programados, dejándolo reducido a una simple fiesta profana como ha sucedido en el Barrio de Salamanca de Madrid, donde, oficialmente, es la «Fiesta del Barrio» sin que sepamos qué se celebra en concreto y de qué forma. No ha estado programada la misa habitual en tal fecha, ni la procesión de la Virgen. Nada.

Luego tenemos el olvido total en el que han caído todas las autoridades a todos los niveles, respecto a la fiesta de la Hispanidad, fecha en la que tradicionalmente los españoles hemos celebrado siempre el hecho más importante de la Historia del mundo: el descubrimiento de América, con actos culturales, religiosos, académicos y populares. Para sentir alguna satisfacción hemos de recurrir a los actos que todavía se celebran en países hispanos.

Por eso nos reconfortan las palabras de un historiador argentino, Patricio Lons, quien a propósito de ciertas acusaciones ha escrito lo siguiente:

¿SABÍAS QUE CON ESPAÑA LLEGÓ LO PEOR A AMÉRICA?

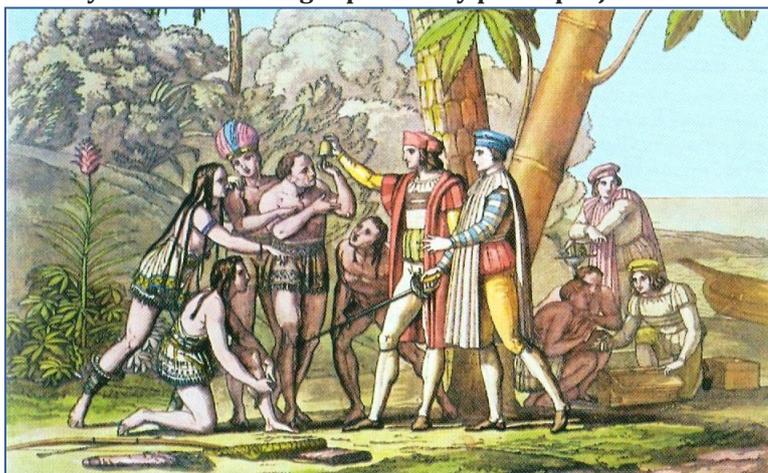
¡Y claro que llegó lo peor!

Llegaron los que sabían construir catedrales, escuelas, universidades. Y hospitales y caminos, también. Encima esos peores le enseñaron a los nativos a hacer lo mismo: educar, construir, administrar, evangelizar, escribir poemas y hasta dar la sangre por Dios y por el prójimo.

Y nativos y españoles crearon la base del derecho moderno con las Leyes de Indias.

Y con S.M.C. Felipe II aparecieron las leyes de protección al trabajador. Y el sentido de justicia.

Y también arribaron unos intolerantes que les sacaron a las tribus más sanguinarias las costumbres de practicar el canibalismo y los sacrificios humanos con los más débiles y díscolos.



Y llegaron los que liberaron a numerosos indios de la esclavitud que les imponían tribus más poderosas y desalmadas.

Sí, ¡llegó lo peor de Castilla, León, Galicia, Andalucía, La Mancha, Extremadura, Navarra, Cataluña y de cada rincón de la península y... ¡¡¡ gracias España por eso, por traernos lo peor !!!!

Por último tenemos el Día de la Fiesta Nacional, que es a lo que ha quedado reducida la fecha del 12 de octubre, de la Hispanidad, de España y de los países hermanos de América por si alguien no sabe lo que significa. En esta fiesta de solo España no hemos visto demasiadas banderas en balcones y terrazas, ni siquiera en organismos oficiales, desde luego no en las sedes del Ayuntamiento y la Comunidad Autónoma madrileña, aunque uno y otro sí desplegaron enormes banderas gays el día del orgullo de tal «colectivo». Tampoco, al pasar por la Ciudad Universitaria, conseguimos ver ni una sola bandera en las sedes universitarias, las facultades y los Colegios Mayores. ¿Esta es la forma de celebrar el Día de la Fiesta Nacional? Un desfile reducido «para ahorrar gastos» (cuando sí se da dinero en abundancia a las mascaradas de mal gusto de la citada fiesta del orgullo gay), gente en la calle deseando aplaudir a la Legión, la Guardia Civil y demás cuerpos militares, y ansias medio contenidas de manifestarse por España.

Y como perlas están las manifestaciones de un miserable titiritero conocido como Willy Toledo, que, entre otras cosas ha escupido: «Me cago en el 12 de octubre. Me cago en la fiesta nacional. Me cago en el descubrimiento. Me cago en la Virgen del Pilar...». O las de la alcaldesa de Barcelona, Ada Colau, a través de twitter: «Vergüenza de estado aquel que celebra un genocidio, y encima con un desfile militar que cuesta 800mil euros». O las del imbécil del alcalde de Cádiz, José María González, más conocido por «Chiki», al que no se conoce haya hecho algo en su vida anterior: «Nunca descubrimos América, masacramos y sometimos un continente y sus culturas en nombre de Dios. Nada que celebrar». Realmente dan repugnancia y asco gentes como éstas. Y lo malo es que son los que rigen Comunidades Autónomas, Ayuntamientos y trabajan intensamente para regir los destinos de la Nación.

Para eliminar el agrio sabor que queda en la boca, nada mejor que dar un tiento al botijo. Es un útil imprescindible en cualquier punto de España, y al menos él nos hermana a todos los de cualquier tipo y condición que pisamos este amado suelo. Aunque alguno de ellos, como los mencionados, no merecen prueben el agua fresca con el ligero sabor achinchonado.

Cataluña en el diván

Antonio Martínez

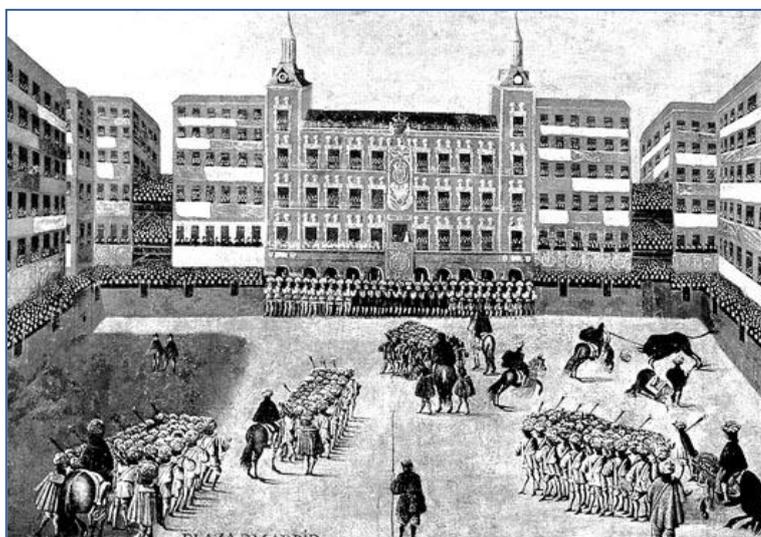
Después de todo lo escrito durante los últimos meses sobre el envite soberanista de Artur Mas y compañía, parece difícil añadir algo más a lo mucho que múltiples y muy autorizadas voces han dicho contra el chapucero y temerario *prusés*. Sin embargo, intentaremos no repetir una vez más lo que el lector, aquí o allá, ya ha leído.

Hace algunos años, leí el excelente libro *Mater Dolorosa*, del profesor José Álvarez Junco, en torno a la historia de la idea de España en los siglos XIX y XX. La competencia enciclopédica del autor en cuanto a la materia que trataba me pareció admirable; pero, al final de la obra, aparecía con toda claridad que, frente a toda esa *metafísica trasnochada*, Álvarez Junco –representante cualificado, a los efectos que aquí nos interesan, de la intelectualidad española contemporánea– no tenía nada que ofrecer, salvo una gris apelación a los valores del consenso constitucional de 1978. Una impresión análoga me causó, hace ya también años, una conferencia impartida en Cartagena, donde resido, por Benigno Pendás, habitual de las Terceras de *ABC*.

Podemos reírnos todo lo que queramos de la mitología franquista sobre la España imperial y citar con sorna aquello de la *reserva espiritual de Occidente*. Sin embargo, lo cierto es que, en aquella época del «¡Gibraltar español!», en los medios intelectuales españoles aún existía una idea filosófica y metahistórica de España, deudora de Menéndez Pelayo, la Generación del 98 y Ortega y Gasset. Esa idea se transmitía luego al sistema escolar, donde, por ejemplo, la Enciclopedia Álvarez se atrevía a aventurar un significado espiritual de la bandera de España, jugando con el simbolismo del rojo (sangre) y el amarillo (oro). Algo así sería hoy, en cualquier aula o libro de texto españoles, completamente inimaginable.

Me parece que lo que está sucediendo estos días en Cataluña tiene mucho que ver –parafraseando a Lipovetsky– con nuestra propia «era del vacío» en versión española. En una España sin idea sustancial alguna sobre sí misma, sin fuerza centrípeta alguna que compense las tendencias centrífugas, un irresponsable de mandíbula cuadrada como Artur Mas ha podido creer *que ahora ya todo era posible*.

Recuerdo bien mi estupefacción al escuchar la entrevista que le hizo Carlos Dávila en la Televisión Española de Aznar, recién llegado a la presidencia de la Generalitat. Mas me pareció un evidente peligro público, alguien dispuesto a cruzar, con esa voluntad granítica manifestada por su anguloso mentón, todas las líneas rojas. Recuerdo también mi estupefacción cuando, en 2010, el Parlamento catalán se atrevió a prohibir las corridas de toros en Cataluña. Creo que vetar la tauromaquia supuso cruzar una barrera mental sin cuya desaparición hoy no estaríamos donde estamos.



¿Cómo hemos podido llegar hasta aquí? Creo que las culpas están bastante repartidas. Es evidente que a Mas y sus corifeos les corresponde una cuota muy alta; pero tampoco es desdeñable, como sabemos, la de los sucesivos gobiernos centrales que han ido dejando crecer, a lo largo de las últimas décadas, el monstruo nacionalista. Ahora, Alberta Rivera, familiarizado con las más modernas técnicas americanas de marketing político, dice que no basta con decir «no» a la secesión de Cataluña; que hace falta un relato sugestivo para el futuro de España, un *storytelling* suficientemente seductor. Sin embargo, me parece muy dudoso, dada la liviandad intelectual de Ciudadanos y de todos los demás partidos políticos españoles actuales, que desde lado alguno reconocible quepa componer hoy un relato de tal categoría.

Cataluña sí que tiene hoy su propio *storytelling*, articulado en torno a tres ejes: el mito de 1714, el «España nos roba» y una futura Cataluña independiente como «Dinamarca del Mediterráneo». Da igual que ninguno de los tres resista el más mínimo análisis: una buena parte de los catalanes, huérfanos de cualquier otro proyecto colectivo ilusionante, se han situado debajo de la *Estelada*, como si ésta fuera el roble vigoroso bajo el cual retornarán mágicamente a una Arcadia edénica. Tales catalanes ebrios de romanticismo nacionalista tampoco quieren reconocer lo que es evidente: que una hipotética Cataluña independiente por las bravas tendría que acostumbrarse a vivir en una durísima intemperie económica y condenada durante décadas a un severo ostracismo internacional.

Ahora, oigo la SER por la mañana e Iñaki Gabilondo propugna un próximo gobierno socialista de Pedro Sánchez que renegocie al más alto nivel el *encaje asimétrico del hecho diferencial catalán* en una Constitución que habría que reformar en una dirección claramente federal. Bla, bla, bla... Nada, palabrería insustancial. *El Mundo* y otros medios nos dicen que «hay que convencer a ese 48%», pero ¿cómo convencer a los seducidos por un poderoso mito, si no se le ofrece un mito todavía más poderoso, todavía más seductor?

Ahora bien, ¿puede existir ese mito? Los argumentos racionales –salida automática de la Unión Europea, fuga de empresas, etc.– no hacen demasiada mella en aquellos que sueñan nada menos que con volver al paraíso perdido bailando sardanas y llegando al cielo subidos al más alto *castell*. Hace falta algo más. Dicho brevemente, hace falta un sugestivo mito catalán insertado en un sugestivo mito español... insertado, a su vez, en un sugestivo mito europeo.

Aunque claro, esto de los mitos –políticos y no políticos– anda hoy tan de capa caída.... Y, sin embargo, nada desean tanto los hombres como vivir dentro de un mito: de un relato que, abarcando de un confín a otro del cosmos, dote de sentido a la existencia personal y colectiva. ¿Sentir que mi vida es, a múltiples niveles, una interminable y laberíntica aventura! ¿Acaso no es eso lo que todos querríamos?

Podemos dudar que haya a nuestra disposición materiales suficientes para tal empresa. Sin embargo, personalmente creo que sí los hay. Creo que habría que bucear en muy diferentes fuentes para intentar dar forma a ese mito «hispano-catalán» que sugiero. Desde Robert Graves y Sánchez Albornoz hasta Martín de Riquer y Juan Eduardo Cirlot. Desde Gaudí y el Barrio Gótico de Barcelona hasta la Plaza de Zocodover en Toledo o la Plaza Mayor de Madrid. Desde Jacinto Verdaguer hasta Manuel de Falla. Desde el *Gárgoris y Habidis* de Sánchez Dragó hasta la Biblioteca Haas de la Universidad Pompeu Fabra. Desde la condición astrológica sagitariana de España hasta la capricorniana de la Cataluña prudente e industriosa, que podríamos ver representada por la mallorquina Banca March.

Me parece que hoy nos hace falta una nueva mitología hispánica y una nueva mitología catalana. Nos hace falta volver a percibir a España como una realidad misteriosa, incluso «numinosa», recordando el adjetivo acuñado por Rudolf Otto. También creo que los españoles deben redescubrir una España de la que hoy están alienados. Desde hace un tiempo, la Vuelta ciclista A España nos descubre cada año montañas de porcentajes imposibles y que casi nadie conocía. En su momento, con *Un país en la mochila*, Labordeta nos mostró una España desconocida para muchos. ¿Qué saben hoy los escolares españoles sobre los monumentos o las leyendas de las diferentes partes de nuestro país? ¿Para cuándo la presencia en nuestros institutos de una

asignatura sobre antropología, folklore y misterios de España? ¿Para cuándo una gran serie en RTVE sobre fiestas, tradiciones e historia cultural de las diferentes regiones españolas? ¿Para cuándo el enseñarnos a volver a amar a España –Cataluña incluida– sin complejos?

¿Recuerda el lector la ceremonia de clausura de los Juegos Olímpicos de Barcelona? ¿A quién se puso sobre el escenario para que transmitiese al mundo entero un sentimiento solar del mundo y una poderosa corriente de alegría? Desde luego, no a Lluís Llach ni a María del Mar Bonet. No a ellos, sino... a Los Manolos, cantando, a ritmo de rumba, el *Amigos para siempre*. Me parece que una hipotética Cataluña independiente y anti-española caería, más pronto que tarde, en una melancolía similar a la que aqueja desde hace siglos a un Portugal desgajado en su momento de la Corona española y que no por casualidad ha hecho del fado su música nacional y de la *saudade* el sentimiento paradigmático del alma portuguesa. Pasada la euforia de una hipotética declaración de independencia por la vía de los hechos consumados y del saltarse a la torera todas las leyes que hiciera falta, una Cataluña anti-española no tardaría en pedir hora en el psiquiatra, para intentar exorcizar los demonios de su inconsciente sobre el cuero mullido del inevitable diván.

Cataluña no puede ser plenamente ella misma sin España, del mismo modo que España no puede ser plenamente ella misma sin Cataluña. Y ni una ni otra pueden serlo tampoco sin un gran mito, sin el cual, en realidad, termina revelándose muy problemática toda existencia humana, tanto individual como colectiva.

Tomado de *El Manifiesto*

¿Por qué fue mejor que España ganase la Guerra de Independencia? Carta abierta de un historiador al cineasta Fernando Trueba

Carlos Rilova Jericó

Doctor en Historia Contemporánea

Estimado Fernando: hoy me siento audaz, aun con la resaca de las famosas elecciones plebiscitarias catalanas que, seguramente, quedarán en agua de borrajas –como hasta ahora– y, por tanto, me he decidido a escribirte esta carta abierta (perdona el tuteo, pero es que tras ver cine tuyo y oír tus declaraciones del sábado 19 de septiembre creo que hay confianza suficiente).

La razón para que haya decidido convertir este artículo semanal en esta carta abierta (en vez de en un mejor empleo de tiempo y espacio que, seguramente, me traería menos problemas y menos peligrosos resentimientos de personas influyentes, como puede ser tu caso), son las reacciones que ha suscitado el discurso –vamos a llamarlo así– que lanzaste el sábado 19 de septiembre de 2015. Lo recuerdas, ¿verdad?, fue cuando te dieron el Premio Nacional de Cinematografía y dijiste que no te habías sentido español ni cinco minutos en tu vida –eso a mí, en calidad de historiador, me da igual– y que cuando leías libros de Historia pensabas que qué pena que España ganase la Guerra de Independencia. Lo cual, a mí, en calidad de historiador, no me puede dar igual de ninguna manera. Como seguro comprenderás bien.

He leído, durante esta última semana, decenas de comentarios sobre estas palabras tuyas antes de decidirme a que este nuevo correo de la Historia se convierta en una carta abierta a ti, el director de cine Fernando Trueba.

He salido de dichos comentarios con el estómago levantado, por decirlo con delicadeza, en especial de los que aparecieron en la versión digital de uno de los diarios de mayor tirada nacional, *El País*.

En ellos, en general, salvo tu amigo Andrés Calamaro, se te ponía, como decía Pérez Galdós, «como ropa de Pascua».

Es decir, te decían que devolvieras el dinero, que te largases de España, que eras un jeta, un piji progre y demás por el estilo.

Los peores comentarios, para mi punto de vista de historiador, eran, sin embargo, los de un gracioso, o graciosa, no sé, que había elegido como seudónimo «Tita Von Thyssen, baronesa tiesa». Dicho avatar venía a justificar tu rotunda frase sobre «que qué pena que España ganase la Guerra de Independencia» señalando, ignoro desde que altura académica, que, en 1808, Napoleón era el representante de la revolución francesa, que venía a traer a España, y al resto de Europa, esas ideas avanzadas que ahora forman parte de esa cultura política cotidiana de la que los europeos nos sentimos muy orgullosos.

Abundaba la «baronesa tiesa» en todos los topicazos históricos habituales: España estaba corrompida, su corte generaba toda clase de cuchicheos (¡?), y los afrancesados, que eran unos españoles que querían lo mejor para su país, vieron en Napoleón la esperanza de que ese deseo se convirtiera en realidad.

Según la vulgata de la Historia de España de 1808-1815 de la «baronesa tiesa», la cosa no fructificó porque los soldados de Napoleón se entregaron a una vorágine de crueldades y, claro, desataron la reacción en su contra, que llevó a esa victoria de 1814 que tú tanto detestabas el sábado 19 de septiembre de 2015.

Bueno, pues siento desilusionaros. Tanto a la «baronesa tiesa» como a ti. La Historia no os puede dar la razón. Habéis leído una versión de contrabando sobre esos hechos que, por más que se repita mil veces, jamás será verdad, pues los historiadores seguiremos encontrando más y más documentos que certificarán que Napoleón demostró, una y otra vez, precisamente con la invasión de un país –España– que oficialmente era aliado suyo, cuál era su objetivo personal y el de la burguesía francesa que decidió darle un voto de confianza.

Algunos de esos comentarios que leí lo decían bien claro: Napoleón era, en realidad, un dictador militar que masacró a millones de personas entre 1800 y 1815. Tanto franceses como de otras nacionalidades.



A lo que se puede, y se debe, añadir que ya hace tiempo se ha demostrado en muchos libros de Historia –de la de verdad, no de la vulgarizada y contrabandeada como tal, que es de la que parece se alimentan opiniones como la tuya– que el objetivo del Primer Imperio francés no era

extender las ideas de la revolución francesa, usurpadas por el golpe de estado de 18 de Brumario, perpetrado por un Napoleón que ya hacía tiempo había decidido dejar de ser el general de la revolución y convertirse en el emperador de la gente «de orden» francesa. Esa que quiere rentabilizar las victorias del «pueblo en armas» contra las monarquías absolutas.

Te lo diré en otras palabras: ese Napoleón que tú querías ver ganar la guerra era el centurión que, a cambio de la pompa y esplendor imperiales y los gajes económicos anejos –colocar a toda su gran familia en opíparos puestos y otras bagatelas bien conocidas por los especialistas en la Historia de ese período–, debía entregar el continente europeo y sus colonias a la burguesía francesa para que ella, naturalmente, se aprovechara a fondo de lo que las –hasta 1808–

invencibles armas de su bien perfeccionada maquinaria militar les iba, supuestamente, a poner en las manos.

Eso es lo que le esperaba a España, y al resto de Europa (Gran Bretaña también estaba en la lista y sólo se libró gracias a la victoria de Bailén). Es decir, convertirse en algo muy parecido a la Irlanda dominada por los británicos. Una mera colonia a explotar hasta que no quedase de ella ni el tuétano.

Lo demás es propaganda napoleónica que, no sé bien la razón, ha acabado por convertirse en Historia para muchos, entre los que es evidente estás incluido.

No puedo decirte más. Salvo que lamento, una vez más, el bajo nivel académico con el que se divulga la Historia de España y que lleva a lamentables desencuentros como el que se produjo durante tu recepción del Premio Nacional de Cinematografía.

Sólo añadiré que no voy a pedirte que devuelvas los 30.000 euros del premio como han hecho muchos airados ciudadanos. Te rogaría, eso sí, que los invirtieras en una próxima película o documental en la que hicieras un esfuerzo por difundir entre los españoles una Historia de las guerras napoleónicas más seria y rigurosa, rompiendo telarañas, abriendo ventanas, ayudando a que entrase el aire fresco de la investigación seria y rigurosa –pero no por eso aburrida– que estamos haciendo desde hace años.

Lo que sea con tal de dejar de oír opiniones que causan vergüenza ajena sobre una Historia –la de un Napoleón filántropo y amigo de España– que jamás existió. Como lo demuestran hechos tan contundentes como que, en 1812, la España libre había proclamado la segunda constitución europea –la única, junto a la británica consuetudinaria, que luchaba en los campos de batalla entonces, pues la francesa había sido abolida por el Imperio– o que, desde 1814, miles de españoles lucharon por traer a su país –y al resto de Europa– esos regímenes democráticos de los que tan orgullosos nos sentimos hoy y que te han permitido a ti hacer una carrera de cineasta que, como demostraste en San Sebastián este 19 de septiembre, se ha caracterizado por una absoluta libertad de expresión.

Si necesitas ayuda en esa labor de recrear una Historia de España certera, no dudes en pedirnos nuestro consejo profesional. Para eso estamos y trabajamos. Aunque en la mayoría de las ocasiones con fondos muy inferiores a los que manejaís en la industria del Cine.

Quedamos tuyos afectísimos. Recibe, pues, un cordial saludo.

Tomado de *La Tribuna del País Vasco*

Ángela Merkel

Al periódico Süddeutsche Zeitung

Merkel también afirma ser creyente, aunque reconoce que ha dudado más de una vez sobre la existencia de Dios. «Pero siempre he vuelto a creer. Pienso que todo el mundo que realmente cree, ha dudado alguna vez de la existencia de Dios», asegura.

Merkel fue educada por su padre, pastor luterano, en una ética protestante; y confiesa que la fe cristiana es algo básico en su vida. «La fe y la religión son la base sobre la que yo y muchos otros contemplamos la sagrada dignidad del ser humano. Nos vemos como la creación de Dios, y eso guía nuestras acciones políticas». [...] La fe en Dios me facilita muchas decisiones políticas».

La canciller alemana participó en un debate público en la Universidad de Berna (Suiza) a principios de septiembre. Ante una pregunta sobre el riesgo de «islamización» de Europa, recordó que la mejor respuesta era tener «el valor de ser cristianos, saber fomentar el diálogo [con los musulmanes], volver al culto en la iglesia, y sumergirse de nuevo en la Biblia». Luego

añadió con pesar que «se necesitan cristianos valientes con fundamentos bíblicos. Si le preguntas a niños en edad escolar qué es Pentecostés, las respuestas serán probablemente muy decepcionantes».

Tomado de [InfoCatolica](#)

El despropósito se ha cumplido

José M^a García de Tuñón Aza

Algunos lectores recordarán que en el nº 51 la *Gaceta*, bajo el título *El despropósito de algunos* publicamos un artículo criticando la intención de la Fundación Muñiz Zapico, vinculada al sindicato del PCE, también se uniría después el PSOE, de preparar una ruta de lo que significó para Oviedo la Revolución de Asturias: desolación y muerte, añadimos nosotros. Sostienen que «es historia que se estudia en las facultades y que alejada de la propaganda, es necesaria que la ciudadanía lo sepa». Temíamos, pues, se decía en aquel artículo, que se llegara a hacer realidad semejante despropósito. Lo cierto es que se cumplieron nuestras sospechas.

Efectivamente, el pasado día 3 los organizadores de este despropósito, acompañados por los concejales ovetenses, Roberto Sánchez (IU), Isabel González (Somos) y Diego Valiño (PSOE) y un grupo de un centenar de personas, según dijo la prensa, siguieron la ruta que les marcaron al mismo tiempo que atendían las explicaciones que les iban dando los historiadores, en número de tres, de la Universidad de Oviedo. Al finalizar la ruta, el diario *La Nueva España*, que un día fue propiedad de FE-JONS recogía el testimonio de personas que la habían hecho. Por ejemplo, la señora Carmen María Catalán, quien al parecer se mostraba encantada, manifestó: «Todo lo que



suponga dar información objetiva sobre la historia es un acierto». Por su parte, la joven Covadonga Badiola, estudiante de Historia, dijo que «la ruta es imprescindible porque no sabe nada de esto». Por último, Alejandro Fanjul le pareció que «la visita es necesaria porque el pasado es el que es y no tiene ideologías». Lo que nada sabemos, después de leer los ejemplos que nos ha puesto el citado diario, si hubieran dicho lo mismo de haberles contado la verdad de lo que ocurrió aquel mes de octubre de 1934. La oposición, PP y Ciudadanos,

«creen que no, que no tiene cabida como acto cultural y que la sangre no tiene valor turístico».

Con motivo de este contrasentido, el periodista Javier Neira, con luz y taquígrafos, nos hizo recordar cómo la humanidad se estremece ante los ataques de los ultra radicales del Estado Islámico a templos y otros monumentos de incalculable valor que hay o había en Irak y Siria. Sin embargo, aquí, en esta España nuestra, muchas personas no establecen un paralelismo elemental: «Qué decir de los ultra radicales progresistas que volaron la Cámara Santa de la catedral de Oviedo durante el golpe de Estado de 1934?», pregunta, con toda razón, el periodista.

También añade: «En todo caso es imprescindible recordar, una vez más, que el PSOE y compañía dieron un golpe de Estado en octubre de 1934 de resultados del cual Oviedo quedó totalmente

destruido. En esta bendita ciudad en poco más de una semana murieron mil personas. Volaron entonces la Cámara Santa y a punto estuvieron de echar abajo la Catedral entera con el mismo odio fanático y destructivo con que los talibanes, yihadistas, o cómo demonios haya que denominarlos, atacan ahora estatuas, templos y enclaves de la cultura. Y atención, en las sedes del PSOE de toda España –o ya España– están colgados los retratos de los líderes de ese golpe de Estado, glorificados como ejemplo a seguir. Peor aún si cabe, porque alguno tiene calle en Oviedo. El colmo de los colmos».

PD. En esos mismos días, la prensa publicaba que el Sindicato de los Obreros Mineros de Asturias (SOMA) presentaba una querrela contra Ángel Villa, que fue secretario de del mismo durante 34 años y senador de las Cortes de España, por apropiación indebida de 360.000 euros.

El establishment es culpable

José María Álvarez Cuartas

El bien y la verdad son categorías permanentes de razón, una y mil lo argumentó el Abogado de España, el letrado que era consciente de que la toga que vestía, en muchas ocasiones, significa sacrificio y grandeza, citando a los abogados, que en los tiempos de la Revolución francesa, defendieron a los acusados, aún a sabiendas de que el hacerlo los llevaría a la guillotina, como en estos tiempos de persecución selectiva en la que los titulares de muchas



Instituciones sólo tienen un objetivo: la ruptura de España y la muerte civil de los patriotas que creen y trabajan por nuestra nación.

La unidad de España, no es un problema jurídico, ni siquiera un problema político, trasciende lo jurídico y lo político, pues las categorías supremas de la razón no obedecen a un tiempo determinando, trascienden en su «eternidad» a una generación concreta.

No existe un problema catalán, la situación que determinados sectores quisieron cristalizar el 27 de septiembre, es sencillamente la consecuencia final del Régimen del 78, en que muchos servidores del Estado no sirven al mismo sino a sus intereses personales, y utilizando la terminología empleada por José Antonio en el 34 la existencia de muchos traidores en los puestos de mando.

Como José Antonio en el 34, tampoco creo en el Estado vigente, pues como él estimo que España y Europa «cuajarán en otras formas políticas», con una democracia real y participativa para todos los españoles y europeos, no esta forma fracasada que niega una vida «verdaderamente democrática en su contenido» desde la Torre de Hércules a los Urales, en la que estamos viviendo los minutos de la basura, y en que legiones de parados o subempleados se repliegan a su tribu para pelearse por la calderilla que queda en los fondos públicos.

Desde la izquierda a la derecha, a ninguno le interesa la unidad de España, lo único que intentan

es salvar el régimen social imperante, «El establishment» ese conjunto de pretorianos bien pagados al servicio de intereses financieros fraudulentos que acabarán con Naciones, Patrias y Estados.

El deterioro moral del establishment patrio, formado en gran parte por papanatas de lo social y políticamente correcto, es el culpable de la actual situación española. Es un problema moral, tanto la muchachada popular como la bancada socialista, han gobernado, consentido y apoyado a los actuales líderes de la sedición catalana, tapando sus sucios asuntos, mientras las instituciones españolas estaban tristes, calladas y silenciosas como un pollito en presencia de un raposo, y así delito a delito han arruinado a España y ahora la quieren romper para seguir con sus ilícitos negocios, eso sí con el apoyo de las gallinitas papanatas que cobran del Estado y son hijos «putativos» de Bellido Dolfos.

Y, una vez más, después del 27 de septiembre, sigue sonando la misma música tocada por la orquesta del Régimen compuesta por la muchachada del establishment, y siguen desafinando las mismas melodías corrosivas, como disolventes y corrosivos son los principios del Régimen del 78 y de su entramado, que lo único que pretenden es perpetuar un orden social injusto, aunque para ello encarcelen la libertad y dignidad de los españoles, confundiendo a España con una sociedad mercantil, en la que los españoles ponemos el trabajo y el dinero y el establishment cobra los beneficios.

El día del veterano

Jesús Flores Thies

Coronel de Artillería (R)

Indudablemente el «Veterano» es un personaje «inasequible al desaliento», y lo comprobamos el otro día cuando, habiendo sido elegido el Cuartel del Bruch de Barcelona como sede de la celebración del «Día del Veterano», llamemos, nacional, el éxito de organización y asistencia fue rotundo. Vinieron de toda España, la mayor parte con el «uniforme» creado para veteranos de buena voluntad, con boina y todo. También había boinas de paracas, chapiris y hasta algún tarbush y turbante. Los de *El País* dicen que esta elección viene a ser una respuesta al plebiscito independentista, cuando la decisión de elegir Barcelona como sede de este Día del Veterano se decidió en el mes de mayo pasado.

Todo salió redondo, vigilado estrechamente por el ojo del JEMAD desde Madrid, que había dado normas, datos, tiempos y hasta distancias. Un «Protocolo» perfecto. Saludo a la Bandera, coronas de laurel, himnos, marchas, desfiles..., y discursos. Pero aquí se mete de rondón nuestra insoportable capacidad de crítica, no porque el discurso estuviera equivocado, sino porque el discurso iba en otra dimensión distinta de la nuestra.

Al flotar sobre nuestras cabezas, como buitres, la «Ley de la Memoria Histórica», esta sombra estuvo presente en todo momento. Porque esta vil ley, pergeñada por el mentecato político más notable desde que se produjo el Bang de la Creación, ha metido a la mayor parte de los «veteranos» en el pozo de la basura, al que ha arrojado la parte más noble y gloriosa de nuestra Historia reciente. Toda la España de los cuarenta años denominados astutamente «franquista», ha sido demonizada con el consentimiento, sin fisuras, del «Mando» militar. Y ahí, en esta basura legal, estamos precisamente la inmensa mayoría de los veteranos. Toda alusión elogiosa a algo relativo al Alzamiento o a logros «franquistas» puede costarle a alguien en activo o profesional una sanción y hasta su puesto de trabajo. La opinión de los veteranos no cuenta.

Y aquí no tenemos más remedio que, sin decir nombres porque nos hemos propuesto ser moderados, denunciar la tremenda responsabilidad del denominado «Mando» en la tarea, que alguien ha ordenado, de deshacer la Historia y el Patrimonio de España.

No entendemos, no entra en nuestras cabezas, la vergonzosa sumisión de este «Mando» a esa tarea indigna. Tarea que se inició con un Adolfo Suárez en el papel de primer muñidor de la «modélica Transición». No olvidemos que todos los gobiernos, desde la muerte de Franco, son copartícipes de este deshacer de nuestra Historia y de nuestro Patrimonio. Y que la increíble (en otro país) retirada de la estatua del Generalísimo de la Academia General Militar de Zaragoza, se hizo *manu militari* ocho meses antes de la aprobación de la miserable «Ley de la Memoria Histórica». Se ha escrito que se quitó la estatua aprovechando que era verano, y porque no había ni cadetes ni general director, como si estas circunstancias hubieran impedido nada. Una



tomadura de pelo más. ¿No se ha quitado la estatua del comandante Franco de un Acuartelamiento de la Legión en Melilla, que tenía sus Mandos al completo y hasta un Inspector de la Legión en su despacho de Madrid, sólo porque dos ministras socialistas así lo decidieron?

Hay veteranos que ya no asisten a celebraciones de su Promoción si ésta se hace en la AGMZ ante una pared sin estatua; y hasta las hay que prefieren estas celebraciones en otro lugar. ¿No hace pensar estos hecho al «Mando»? ¿No se

dan cuenta de que algo se está haciendo mal?

Nuestra trayectoria profesional, especialmente entre los más veteranos de los veteranos (algunos combatieron en la guerra, otros la vivimos mientras nuestros padres luchaban y morían por la España que hoy rechaza el sistema), entra de lleno en la basura. Un veterano alférez provisional, con sus gloriosos 96 años, está en la redacción de *Tierra, Mar y Aire*, y hoy día se quita de calles, lápidas y monumentos al nombre, al parecer maldito, de los «Alféreces Provisionales». Por el contrario, aquel a quien se consideró en su momento el primer soldado de España, abrazaba a nuestro genocida mesetario, individuo al que se ponen plazas y calles sin que el «Mando» militar se altere. Como no se altera cuando unas furcias violan el cementerio de Paracuellos del Jarama sin que la vecina Bandera Paracaidista se entere ni mueva un dedo para impedirlo. Pero ¿quién diablos nos defiende?

Seguiremos reuniéndonos, celebrando y desfilando, incluso delante de los que nos marginan, porque hay algo entrañable en estas convocatorias, pero exigimos la recuperación de la dignidad, no de la nuestra, que nunca la hemos perdido, sino la de aquellos que propiciaron y aceptaron esta situación absurda, kafkiana y lamentable. Queremos que se respete nuestro Patrimonio Militar, que es nuestro, de los que nos precedieron y de los que nos relevarán, y no de un partido o de una situación política temporal, y aquello que todavía se pueda recuperar, se recupere. Difícilmente se recuperarán gran parte de los escudos eliminados, como por ejemplo los del Foso de Santa Elena, o los centenares de escudos con el águila de San Juan abatidos por la piqueta en tantos lugares de España, incluidos establecimientos militares, escudo al que odia la corrupta clase política porque fue el escudo de España a lo largo de 43 años, los mejores de nuestra historia reciente.

Ya sabemos que el Museo Militar de Montjuich ha sido definitivamente asesinado, pero el de Toledo, pequeña parte del que hubo en Madrid, podría mejorarse, incluso recuperando la parte borrada y eliminada, recuerdo de un glorioso sitio que se oculta hoy celosamente al visitante. Cuando se recupere nuestro Patrimonio y nuestra Historia, se recuperará la dignidad perdida.

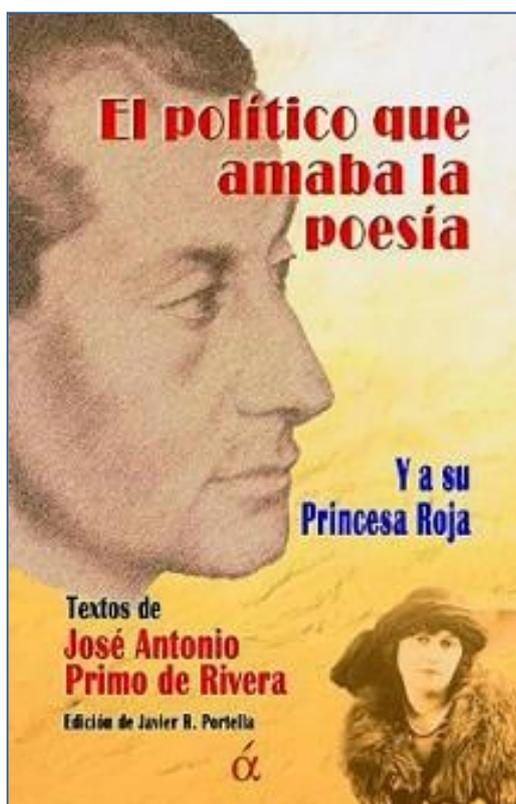
¿A qué esperan?

Esta generación de veteranos va reduciéndose por ley natural, y la savia que es hoy día la base moral de nuestro Ejército, puede desaparecer con el tiempo. ¿Qué quedará después, cuando los veteranos sean los «Mandos» que así actuaron?

El político que amaba la poesía... y a su Princesa Roja

José Vicente Pascual

Está de moda la figura intelectual de José Antonio Primo de Rivera. El personaje histórico interesa menos, pues aún ejerce su plomo civil y su autoridad de metro iridiado la historiografía «progresista», quien lo señala como fundador de Falange Española (que lo fue), rebelde a la República (que lo fue), y justo ajusticiado por un tribunal popular en Alicante, en 1936. Eso, ya lo fue menos. Ajusticiado sí; pero justamente, no. Hablamos de una víctima de la guerra civil cuya memoria se acoge a la famosa ley resarcidora de represaliados en aquella barbarie. Y este último beneficio enoja aún más al antifascismo español. Les molesta y les repugna lo más grande ver aún, en algunos lugares públicos, recordatorios y homenajes a la denostada persona que murió suplicando aquello de «Ojalá sea mi sangre la última que se vierte...». Intocable su recuerdo, según la ley. Por cierto, cuando hablo de antifascismo me refiero a ese mismo antifascismo que ahora, ochenta años después, recoge en su discurso rupturista con el sistema la base, digamos, esencial del pensamiento joseantoniano:



transversalidad del discurso político, superación de las injusticias del capitalismo por intervención del Estado mediador, transgresión del viejo concepto de lucha de clases por la interacción de masas con distinta función en el sistema de producción... Desde hace mucho, para la izquierda hegemónica en el ámbito de las ideas (esa episteme casi obligatoria, las superestructuras ideológicas), lo importante no es de que color sea el gato, sino que cace ratones. Más o menos lo que decía José Antonio: «El ser derechista, como el ser izquierdista, supone siempre expulsar del alma la mitad de lo que hay que sentir».

Los movimientos populistas últimos no han reivindicado el pensamiento de Primo de Rivera hijo (sólo faltaba), pero lo han puesto en valor, poco a poco. No hay prisa, claro está. Hoy, el corporativismo anticapitalista no es una aberración «fascista» ni un reniego revisionista de la doctrina correcta (marxista, por supuesto), sino un punto de partida válido para la movilización, la agitación y propaganda de los nuevos subversivos (con perdón por lo de «nuevos»). El grito de «¡Un solo pueblo!», del que abominaría el José Antonio racional e inquisitivo que aparece en sus propios escritos, no es hoy un clamor de la derecha autoritaria

sino del separatismo hispano, tan español como para juntar derechas e izquierdas, capitalistas y proletarios, pueblo y élite, banqueros y desahuciados bajo una misma bandera y un mismo lema redentor: la patria.

Partiendo de una casi anécdota, las relaciones sentimentales entre José Antonio Primo de Rivera y la bella escritora Elizabeth Bibesco, a la que el fundador de Falange llamaba, por razones obvias, «mi Princesa Roja», Javier R. Portella nos conduce por medio de este libro al meollo del

pensamiento joseantoniano, una serie de textos cuidadosamente seleccionados que muestran la verdad (no la leyenda, no el mito, no el cerril anatema, no...: la verdad), de cómo el joven líder del «fascismo español» entendía conceptos tan fundamentales como la lucha de clases, la ilegitimidad inherente al capitalismo, la vía revolucionaria hacia el Estado Social, el sentido de la historia, la nación, el individuo, la espiritualidad, la religión, el papel de los intelectuales... Un compendio sorprendente de glosas y pequeños ensayos que revierten una imagen de José Antonio muy distinta al monstruo fascista que quiso la izquierda y el icono folclórico que ideó el franquismo, a mayor demérito y debilidad intelectual de un régimen cuya fuerza estaba, sobre todo, en los ejércitos y en las sacristías.

Está de moda... No muy de moda, claro; de moda sin más. Está de moda evocar a José Antonio Primo de Rivera, lo que supuso su aportación teórica al «problema de España», lo que podría haber sido y lo que podría haber hecho si unas gentes que no sabían por qué mataban no lo hubieran fusilado. Él sí supo por qué moría. Este libro editado y compendiado por Javier R. Portella me parece un aporte utilísimo, amén de oportuno, para comprender los motivos de este penúltimo regreso

Tomado de *El Manifiesto*

Todos estamos invitados

Pocas han sido las películas españolas que han abordado de forma total o parcial el tema de la banda terrorista ETA, algo llamativo si tenemos en cuenta que se trata de un fenómeno que nos ha acompañado durante más de cinco décadas y que tan profundo impacto negativo ha tenido en las actuales sociedades vasca y navarra. Teniendo en cuenta esto, da la sensación que sobre el cine español pesa cierta incomodidad o miedo a la hora de tratar este tema ¿o es que quizás en ocasiones la banda terrorista levanta ciertas simpatías entre la «casta cinematográfica»? Para llegar a esta conclusión basta con ver a Willy Toledo.

El veterano cineasta Manuel Gutiérrez Aragón, con 38 años como director y 22 películas a sus espaldas, aborda en *Todos estamos invitados* -su último largometraje hasta la fecha- la problemática del terrorismo etarra en el País Vasco, plasmando también el clima de acoso y violencia por parte de su entorno. También colabora como guionista la ex-ministra Ángeles González-Sinde.

El filme recoge dos historias dispuestas a encontrarse: Josu Jon (Óscar Jaenada) es un joven terrorista que sufre amnesia tras un enfrentamiento con la Guardia Civil al intentar incendiar un camión. Las monjas del hospital penitenciario intentan que sea un buen cristiano, mientras que otros internos de ETA intentan que vuelva al redil. Xabier (José Coronado) es un profesor de universidad amenazado por ETA por sus opiniones y que sale con Francesca (Vanessa Incontrada), una psicóloga de la misma institución penitenciaria. ¿Querrá Josu Jon acordarse de quién es o olvidarlo?

Tomado de *Navarra por España*



La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea. Para ello, pincha en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.